

MARÍA MAGDALENA Y LA CONSTELACIÓN ARQUETÍPICA MASCULINIDAD-FEMINIDAD EN LA TRADICIÓN JUDEO- CRISTIANA

MARY MAGDALENE AND THE ARCHETYPAL CONSTELLATION MASCULINITY-FEMININITY IN THE JUDEO-CHRISTIAN TRADITION

Gabriel Parra

RESUMEN

Este artículo establece un abordaje gnoseológico en torno a la constelación arquetípica femenina, tomando como base argumental la tradición histórica judeo-cristiana relacionada con la imagen de María Magdalena. En ese recorrido intelectual, se destaca el lugar de la tradición patriarcal en el reforzamiento de la masculinidad como pivote sustantivo del discurso de Occidente y factor clave en el desequilibrio y la desarticulación simbólica del eje masculinidad/feminidad. Emerge el proceso de desplazamiento del Logos (la Ética; la razón analítica; la masculinidad ligada a la era de Piscis) y el posicionamiento del Eros (sentimiento; intuición; el predominio del *spiritus artisticus*; megapulsiones coligadas a la era de Acuario) en un escenario global que se traduce en *el retorno del vuelo de los dioses* -fundamentalmente de la diosa Madre, de la novia-esposa- y la búsqueda del equilibrio psíquico en la sociedad del conocimiento.

Palabras Clave: María Magdalena; Complejidad Gnoseológica; Tradición Judeo-Cristiana; Constelación Arquetípica Masculinidad/Feminidad.

ABSTRACT

This article provides an epistemological approach about the female archetypal constellation, based on the argument of Judeo-Christian historical tradition associated with the image of Mary Magdalene. In this intellectual journey, the author analyzes the place of tradition in the reinforcement of patriarchal masculinity as substantive pivot of Western discourse and key factor in the imbalance and symbolic dislocation of the axis masculinity / femininity. It highlights the process of displacement of the Logos (the Ethics, the reason analytic; masculinity linked to the age of Pisces) and the position of Eros (feeling, intuition, the predominance of *spiritus artisticus*; mega pulsions affiliated to the age of Aquarius) in a global scenario which results in the return flight of the gods, primarily the Mother Goddess, the bride-wife and the search for psychic equilibrium in the knowledge society.

Keywords: Mary Magdalen, Gnoseological Complexity, Judeo-Christian tradition, Archetypal Constellation Masculinity / Femininity.

Gabriel Parra. Sociólogo; Doctor en Ciencias Sociales (UCV); Certificado de Estudios Postdoctorales (CIPOST-UCV, 2002). Certificado de Estudios Postdoctorales en Ciencias de la Educación (FACE-UC, 2011). Profesor Titular, Miembro de la Línea de Investigación *Dinámicas Psicosociales y Ambientes de Aprendizaje*, Núcleo de Estudios Avanzados Caracas, Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez (UNESR). Correo: gaparr2005@yahoo.es .

Artículo recibido en septiembre de 2011 y aceptado en octubre de 2011.

Introducción

A partir de la década de los ochenta, se ha producido un cierto revuelo en el mundo académico -en principio, lo ha sido en el ámbito teológico, luego en otros círculos del pensamiento secular- en torno a la imagen y la tradición histórica que intenta desglosar el rol que desempeñó María Magdalena en el cristianismo primitivo. En cierto modo, en medio del debate de las nuevas tecnologías, la globalización y el infocapitalismo, la nueva sociedad del conocimiento ha sido retada de pronto por el avasallante y místico *retorno del vuelo de los dioses*. María Magdalena, la estigmatizada prostituta arrepentida del discurso canónico católico, regresa para vengarse –si es que cabe un sentido sutil y *light* del término- de toda una hermenéutica de la verdad reglamentada e infalible (ex cátedra) hecha carne en los postulados clásicos del mundo canónico cristiano.

Ese retorno –sin embargo- no se produce desde el entramado sistema de direccionalidad y sentido de la historiografía clásica sino de la ficción literaria. Podría decirse que parte de una imbricación integradora de la investigación científica convencional –el estudio y sistematización de fuentes de primera y segunda mano; es decir, una metodología basada en fases y registros operativos estándares- con la creatividad del ensayo y la crónica novelada. Los investigadores de esta nueva modalidad son, además de historiadores, artistas, teólogos y filósofos, “detectives” o guionistas del suspenso que parecen acercarse a la “verdad oculta” por ancestrales bloques de poder –algunos de éstos parecen operar en el más riguroso secreto como el Priorato de Sión- y cuya misión coloca en vilo permanente la vida de sus protagonistas. Se trata de relatos donde la sospecha tiene su propio reino y donde se entrecruzan permanentemente toda suerte de contraespionajes. De allí que ese tipo de referencia documental haya tenido el “gancho” adecuado para mantener en suspenso prolongado a toda una audiencia sensibilizada por el debate en torno a la verdad revelada/reglamentada, así como al género y la feminidad. La diosa, la divina Madre del reino inmortal de Barbelo que reseñan los textos séticos retorna –y con ella toda la constelación arquetípica femenina- en la venganza dulce que se expresa en la sonrisa sibilina de La Gioconda.

I. LA CONSTELACIÓN ARQUETÍPICA FEMINIDAD/ MASCULINIDAD Y SUS ANTECEDENTES EN EL CONTEXTO HISTÓRICO JUDEO-CRISTIANO

“... es preciso estar destinado al laberinto
... tener nuevos oídos para una nueva música;
nuevos ojos para las cosas más lejanas;
nueva conciencia para verdades hasta ahora mudas...”

Friedrich Nietzsche, *El Anticristo*, Prólogo.

La tradición filosófica de los ofistas señala dos cosas que parecen incluyentes, a propósito de los acontecimientos que tienen lugar en el Jardín del Edén: en primer lugar, destacan la sabiduría de la serpiente, expresada en el hecho que *sabe* que Eva –y no Adán– tiene mayor posibilidad de entenderse con ella; en segundo lugar, no es sólo que la mujer puede abrir un diálogo panóptico en torno al problema de la sabiduría y la verdad que se encierra en el Árbol de la Ciencia del Bien y el Mal, sino que tiene la capacidad de orientar y enseñar al hombre; de ser su maestra e influir en sus decisiones. En consecuencia, las mujeres aprenden primero.

Algo parecido debe haberle ocurrido a Simón Pedro, el Apóstol, cuando una mujer que hablaba con palabras extrañas e incomprensibles al lenguaje del arameo común, hacía las veces de traductora y comentarista de las parábolas de Jesús de Nazaret. Un pescador del Tiberiades o Mar de Galilea, consideraba inaceptable que una mujer tuviera la potestad de enseñar o profetizar y mucho menos que asumiera un rol preponderante en la comunidad de creyentes cristianos del primer siglo. En uno de los evangelios apócrifos, el Evangelio según Tomás, Pedro arriesga un poco más al exigirle al Maestro "... Que María salga de entre nosotros, porque las mujeres no son dignas de la Vida" (Crépon, 2001) Para el Nazareno, este petitorio no ha debido producirle ninguna gracia, en virtud de que la Magdalena no sólo excedía en mucho la cultura promedio de los discípulos –muchos de los cuales eran campesinos analfabetas dedicados a la agricultura, el comercio, la pesca y el pastoreo– sino que –según la tradición– tenía una amplia formación en los textos de La Torá y la filosofía griega. Picknett (2005) refiere que "La *Pistis Sophia* [texto copto gnóstico] revela que la Magdalena –lo mismo que otras mujeres, como la discípula Salomé– se adelanta una y otra vez a contestar las preguntas de Jesús con gran entusiasmo e inteligencia, y no poca sagacidad. Esto no agrada en absoluto a los hombres" Y agrega: "En el libro sexto de la *Pistis Sophia*, Pedro dice: Señor, que las mujeres dejen de preguntar, para que también nosotros podamos hacerlo" (p. 95) De modo que esa inquietud machista podría parecer no sólo inconveniente para la exégesis de la iglesia cristiana, sino risible.

Según el *Evangelio de María Magdalena* (2007) Pedro manifiesta recurrentemente su inconformidad con el rol protagónico de María: "¿Pero es que, preguntado El Señor por estas cuestiones, iba a hablar a una mujer ocultamente y en secreto para que todos [la] escucháramos? ¿Acaso iba a querer presentarla como más digna que nosotros?" Quien lo encara es Felipe: "... ahora mismo discutes con la mujer enfrentándote con ella. Si el Salvador la ha juzgado digna, ¿quién eres tú para despreciarla?"

La actitud patriarcal de Pedro y su cuestionamiento al papel que podrían jugar las mujeres en el proyecto cristiano, no fue sin embargo, el signo permanente del

rol de la mujer en la tradición judía. Ese reforzamiento de la imagen patriarcal se produjo después del retorno de la cautividad de Babilonia (la Diáspora) cuando Ciro II, el Grande (600-529 a. C.) liberó a los hebreos, permitió su retorno a Palestina y reconstruyó el templo de Jerusalén [1].

El pueblo judío había sido esclavizado y llevado a Babilonia por el ejército de Nabucodonosor II (605-562 a. C.) luego de la destrucción de Jerusalén en el año 506 a. C. No todos los judíos regresaron entonces a su tierra, sino que se dispersaron por Alejandría y otras partes del mundo helenizado. El punto clave está en que ese regreso estuvo marcado por la creencia generalizada en cuanto a que ese cautiverio había sido un castigo por la desobediencia a *Yahveh* y el olvido de todos sus preceptos, lo que incluía por supuesto, el abandono de las prácticas rituales levíticas y el cumplimiento del resto de las disposiciones

previstas en la Ley de Moisés. Como consecuencia de ello, los sacerdotes del templo (los fariseos y saduceos) aplicaron normas muy severas que se tradujeron –entre otras cosas- en el reforzamiento de la imagen patriarcal y la subordinación del papel de la mujer en la sociedad hebrea. En cierto modo, fue una reacción a la cultura helénica adquirida en el destierro, fuertemente centrada en el zoroastrismo persa.

Antes de la deportación babilónica, las mujeres judías llegaron a desempeñar actividades similares –en importancia- al común de los hombres. En tal sentido, ejercían roles clave como el de la enseñanza y el ejercicio de actividades comerciales, así como tenían plenas facultades para la firma de documentos. Desde el punto de vista religioso, se permitía la presencia libre de las profetisas. En cierto modo, llegaron a disfrutar de privilegios similares a las mujeres paganas, las egipcias fundamentalmente (Picknett, 2005) En la era post-diáspora, la mujer estaba ahora sometida a un escenario restrictivo en sus derechos, dado el hostigamiento social y la aplicación de preceptos draconianos: no les era permitido saludar ni hablar con un hombre en público; no les era permitido firmar documentos legales; no les era permitido estudiar los libros sagrados (La Torá); no podían sentarse en el mismo lugar de los hombres dentro del templo (si tenían la menstruación, no podían sentarse en el salón de las mujeres, sino ubicarse en el área destinada a los gentiles); no podían ser testigos en los juicios; no tenían derecho a heredar, salvo que sus hermanos varones así lo dispusieran; si quedaban viudas y sin hijos, tenían que mendigar para sobrevivir; desde el punto de vista del matrimonio, no tenían derecho a escoger marido, pues esta disposición correspondía a sus padres; en cuanto al divorcio, bastaba que el marido las repudiara en público tres veces para que se consumara legalmente la disolución; entre otras discriminaciones. Más tarde, la teología paulina -apóstol Pablo- se encargó de plasmar en la

versión evangélica canónica la condición de inferioridad de las mujeres en el culto cristiano. Para el apóstol de los gentiles, las mujeres no tenían derecho a hablar en las congregaciones, no podían participar en el culto litúrgico sin usar el velo y debían someterse a la voluntad de sus maridos.

Más que el debate acerca del género –y el reconocimiento que de hecho tiene la emancipación progresiva y la reivindicación de la mujer en la sociedad actual- interesa destacar, en este caso, el desequilibrio histórico que esos acontecimientos han provocado en la constelación arquetípica masculinidad/feminidad (arquetipos y estereotipos) Para la psicología arquetipal de Jung, esas imágenes están presentes en la psiquis humana y se definen a partir de lo que denomina *Ánima* (el arquetipo femenino en el hombre) y *Ánimus* (el arquetipo masculino en la mujer); es decir, toda una constelación psíquica de carácter simbólico contentiva de la memoria histórica y que se desplaza al interior de la vida de cada individuo, en una perspectiva de integración holística. “El *Ánima* es el aspecto femenino presente en el inconsciente colectivo de los hombres y el *Ánimus* es el aspecto masculino presente en el inconsciente colectivo de las mujeres... son los arquetipos a través de los cuales nos comunicamos con el inconsciente colectivo en general...” (Velazco, 2005) La hipótesis que se asume en este caso, consiste en concebir que *el desequilibrio en esta constelación arquetipal se ha generado a partir de los imperativos ságnicos del ideario patriarcal en la sociedad y la oclusión recurrente de lo femenino, con lo cual se ha privilegiado la noción del Dios Solar (El Logos; la razón analítica) en detrimento de la novia-esposa, la intuición y el sentimiento (Eros)*. Esa tendencia asimétrica incrustada en los diversos planos simbólicos de la vida social se ha proyectado en todos los entramados socioculturales y políticos de nuestro tiempo, privilegiando a su vez un determinado enfoque –el paradigma de la científicidad- para la comprensión del mundo. Como bien se entiende, esa tendencia ha tenido un origen religioso.

Brown (2003) expresa al respecto:

... la divinidad femenina y la diosa...se ha perdido, suprimida de raíz por la iglesia. El poder de la mujer y su capacidad para engendrar fueron en otro tiempo algo muy sagrado, pero suponían una amenaza para el ascenso de una iglesia predominantemente masculina, por lo que la divinidad femenina empezó a demonizarse y a considerarse impura.

Y agrega:

La mujer, antes sagrada y engendradora de vida se convertía así en el enemigo...En el Génesis se nos explica que Eva fue creada a partir de una costilla de Adán. La mujer se convirtió así en un apéndice del hombre... El Génesis es el principio y fin de la diosa (pp.296-297).

Hervás (2004) destaca que "... admitir la igualdad de la mujer respecto al hombre implicaba despertar viejos ecos, evocar el recuerdo de dormidos arquetipos donde Halluine y las magas hiperbóreas, las sacerdotisas de Abris, tenían los mismos derechos que el varón" (p. 48) Starbird (2005) refiere que "La falta de equilibrio en nuestras instituciones fundamentales, reflejo de un Dios Padre en el vértice superior de una Trinidad en su totalidad masculina, ha tenido una influencia devastadora en el mundo occidental" (p. 235).

Otra mirada al asunto, guarda relación con el culto al Dios Solar grecorromano (*Solis Invictus*) y la versión triunfante de la teología canónica paulina, que terminó por trazar las coordenadas de un Cristo divino, Unigénito del Padre, en el perfil de una versión metafísica y teosófica que fue refrendada mucho después por los obispos reunidos en el Concilio de Nicea. En una de sus epístolas, el apóstol afirma su convicción en cuanto a la divinidad del Maestro: "**Él es imagen** [refiriéndose a Cristo] **de Dios invisible**, Primogénito de toda creación, porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades. Todo fue creado por él y para él..." (Carta de San Pablo a los Colosenses, 1: 15-16) Y agrega: "Porque **en él reside toda la Plenitud de la Divinidad, corporalmente**" (Carta de San Pablo a los Colosenses, 2:9).

II. EL CULTO AL SOL INVICTUS COMO SEPULCRO POLÍTICO TEMPORAL DEL LEGADO DE LA DIOSA

Baigent y otros (2004) sostienen que la necesidad de hacer accesible, aceptable y tolerante el mensaje cristiano, hizo posible que el discurso evangélico canónico de los primeros siglos de nuestra era se resguardara en dos direcciones: en primer lugar, en culpabilizar a los propios judíos de la crucifixión de Jesús de Nazaret, exceptuando así al imperio romano de cualquier responsabilidad; y en segundo orden, en establecer una configuración de la imagen de Jesús con el culto al Dios Solar grecorromano. Es así como en el Evangelio según San Marcos, aparece un Poncio Pilato –Procurador de Judea- absolutamente desganado y renuente a dictar sentencia de muerte alguna contra el Nazareno. Pero va un poco más allá: queda claro que el delito de blasfemia –que es la acusación principal contra el detenido- es una transgresión de orden religioso y no guarda relación alguna con las leyes romanas. De modo que es la turba comandada por el sumo sacerdote Caifás y su suegro Anás, la responsable del desenlace final de esos acontecimientos [2]. Este supuesto ardid de encubrir al régimen existente "... no lo adoptaron únicamente los autores de los demás evangelios, sino la primitiva iglesia cristiana. Sin un ardid como éste, ni los evangelios ni la iglesia hubieran sobrevivido" (Baigent y otros, 2004; p. 318).

En el evangelio según San Juan, aparece claramente expuesta la similitud del mensaje cristiano con los antecedentes del culto al Dios Solar. Hervás (2004) comenta al respecto:

Es Juan, sobre todo, quien destaca este carácter solar de Jesús... Los escritos que atribuimos a San Juan, ciertamente expresan la fusión del helenismo politeísta con la forma judaica del monoteísmo, cuya fuente, como es obvio, habría que buscarla en la primitiva religión egipcia. Dicho en otras palabras, el Evangelio de San Juan transpira el pensamiento oriental que antes del nacimiento de Jesús llegó a Egipto procedente de Persia (pp. 44-45).

¿En qué se fundamentaba ese culto al Dios Solar? Consistía en ofrendas y sacrificios en honor del *Solis Invictus*, una derivación del culto al dios *Mitra*, hijo de Ahura-Mazda. El culto al *Sol Invencible* fue establecido como religión oficial del Imperio Romano por Aureliano en el 274 a. C. Llegó a Roma desde la India vía Persia y representó la primera religión universal del mundo grecorromano. *Era un culto machista que realizaba los lazos masculinos*. Hervás (2004) destaca que “El recuerdo de este culto al Sol todavía se mantiene en algunas lenguas moderna, en el inglés, por ejemplo, donde el domingo, en lugar de ser nuestro *Día del Señor*, sigue siendo el *Sunday*; es decir, el *Día del Sol*” (p. 71)

La imagen solar de *Jesús de Nazaret* encuentra su mayor expresión en el principio del libro de la Revelación, el *Apocalipsis* de Juan:

Me volví a ver qué voz era la que me hablaba y al volverme, vi siete candeleros de oro, y en medio de los candeleros como un Hijo de Hombre, vestido de una túnica talar, ceñido al talle con un ceñidor de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos, como la lana blanca, como la nieve; sus ojos como llama de fuego; sus pies parecían de metal precioso acrisolado en el horno; su voz como voz de grandes aguas. Tenía en su mano derecha siete estrellas, y de su boca salía una espada aguda de dos filos; **y su rostro, como el sol cuando brilla con toda su fuerza**” (Apocalipsis, Capítulo 1, versículos 10-16).

Con el triunfo de la exégesis paulina en la iglesia primitiva, *el culto al Dios Solar da paso a una teología centrada en un Cristo Redentor, cuyo proyecto de salvación radica en la gracia y no en el cumplimiento de la Ley de Moisés*. Es una teología de imagen masculina, donde *Yahveh* reina solo en el firmamento. Se trata de un Dios herido por la ausencia de su contraparte: la novia-esposa.

Esta imagen de un Dios masculino, sin embargo, no fue siempre la del Dios Padre de los hebreos. Para los cabalistas judíos del siglo XIII, la consorte de *Yahveh* era la *Shekinah* o *Matronita*, que se le ha perdido desde la destrucción del templo de Jerusalén en la incursión armada del año 70 d. C. Starbird (2005)

señala: “De acuerdo con ese mito, al no existir ya la cámara nupcial de su unión en matrimonio, *Yahveh* tiene que reinar solo en la bóveda del cielo, separado de su amada consorte. *Matronita*, ahora sin hogar, emigra al destierro...” (p. 141). Para Picknett (2005) “Una vez desaparecida su esposa, Dios quedó convertido en extenuado padre soltero, dado a arranques de cólera y a exigencias tiránicas. En vez de amor y compasión, inducía temor y escalofrío...” (p. 156).

Las consecuencias del desequilibrio en la constelación arquetipal masculinidad/feminidad son aún más graves, si consideramos que:

El macho herido, a menudo mimado con exceso y profundamente frustrado, busca su éxtasis perdido en múltiples lugares equivocados –la violencia, el poder, el materialismo y la persecución hedonística del placer-... Una de las realidades más tristes de nuestra cultura es *que el ascendiente de lo masculino herido ha conducido al agotamiento emocional* (p. 236).

Este desajuste en la constelación arquetipal, guarda relación con las críticas de Kato (1996) en torno al carácter agresivo de la sociedad occidental. Para este intelectual japonés, el problema radica en el carácter monoteísta y patriarcal de la sociedad en que vivimos. Se trata de una inspiración hecha racionalidad basada en el carácter lineal de la historia y de la vida personal. Los hombres de esta parte del mundo estaríamos agobiados porque la dimensión de nuestra vida tiene un principio y un fin, a diferencia de la religión *shinto* donde la historia tiene un carácter circular: se retorna en la reencarnación. Ello explica –argumenta– por qué somos agresivos y nos movemos en términos de conquistar el mundo, de la misma forma como el Dios cristiano (individual) reclama lo absoluto. *El asunto no parece radicar, sin embargo, en el carácter monoteísta o politeísta de la sociedad, sino en el desequilibrio de la constelación arquetípica donde Eros (la Estética; el amor; el sentimiento; la intuición; el spiritus artisticus) la novia-esposa, no logra reencontrarse en armonía con su complemento masculino.*

El desequilibrio arquetipal masculinidad/feminidad, ha sido investigado también desde una amplia diversidad gnoseológica o paradigmática en el ámbito de las ciencias sociales. En lo que respecta al arquetipo de la feminidad, la psicología analítica de Jung propone una comprensión a partir de la triada: Deméter-Koré o Perséfone-Hécate (Rísquez, 1992) Deméter es la imagen de la madre protectora que inspira la matrisocialidad y la diosa-Madre; Koré es la imagen de la niña-princesa, que al casarse con Hades se transforma en Perséfone; y Hécate es el símbolo de la bruja, del lado oscuro de la subjetividad que se prostituye y de la dama que aúlla a la luna en la inmensidad de la noche.

Para Hurtado (1995;1998) el desbalance arquetipal se expresa en que la imagen masculina opera como proveedora en tanto símbolo patrilineal, pero la dinámica social se despliega sobre la base del rol preeminente y protagónico de la mujer; esto es, que todo el entramado social descansa sobre la matrisocialidad como eje tensional de las relaciones sociales. En este sentido indica: “En el caso venezolano, el padre aparece sumergido” (1998, p. 298) Se trata de un vacío [desequilibrio]: “Los vacíos de la paternidad (ley, autoridad, norma) y de la conyugalidad (alianza matrimonial) así como de la feminidad activa en el sentido de encanto venusino (conciliación de los sexos) afectan notablemente al proyecto societal...” (1995, p. 162). Desde esta perspectiva, la norma social tiende a diluirse en el resquebrajamiento que supone la tolerancia y el perdón. La madre –que ejerce el verdadero poder- perdona, de modo que la sanción ejemplarizante tiende a no cumplirse o a diferirse.

El estudio de los jóvenes sicarios que sobreviven en los suburbios urbanos de América Latina, parece indicar una fuerte influencia de la imagen femenina en el contexto sociocultural y una débil referencia del arquetipo masculino. Salazar (1990) al referirse al estilo de vida de los jóvenes de los barrios de la zona alta de Medellín (Colombia) refiere: “Un sacerdote de la comuna nororiental, cansado de dar absoluciones a los sicarios, reflexiona sobre el Dios de estos jóvenes y concluye: *es un Dios femenino, tolerante y permisivo; hace falta recuperar al Dios masculino...*” (p. 156). En ese contexto predomina la diosa-Madre, protectora y castrante, que alcanza su más alta representación en la imagen de la Virgen María, una madre que como bien se entiende, *todo lo perdona*.

III. MARÍA MAGDALENA: EL SÍMBOLO ARQUETIPAL DE LA DIOSA PERDIDA

María Magdalena representa un intento por volver la mirada de nuestro tiempo hacia la diosa perdida; la novia-esposa del Cantar de Los Cantares. Una fuerte disposición por rescatarla del olvido y la disminución protagónica a la que ha sido sometida por la iglesia cristiana canónica se produjo en el siglo XII, cuando los cátaros o albigenses dispersos en el norte de Italia y la región de Languedoc, Provenza, del sur de Francia, hicieron de ella su mayor fuente de inspiración. La primera versión acerca la Magdalena se encuentra en los evangelios canónicos, donde se le señala como una de las discípulas que acompañaron y financiaron con sus bienes la misión del Nazareno. Se le menciona como una de las pocas personas que estuvieron presentes en el momento de la crucifixión de su maestro y a quien primero éste se apareció, luego de su resurrección. Más tarde, su nombre desaparece prácticamente de los textos canónicos –el apóstol Pablo olvida mencionarla en sus epístolas-

hasta reaparecer en la teología cristiana católica como penitente; como la mujer que derramó sobre Jesús, en una fiesta celebrada en Betania, un costoso frasco de perfume de alabastro [3]; como “la prostituta arrepentida”. Pero, ¿quién fue María Magdalena?

Picknett (2005) comenta que “María Magdalena fue, antes que nada, alguien que no armonizó del todo con la gente y la cultura de su tiempo” (p. 33) Su nombre deriva probablemente de su condición de habitante de *Magdala*, *Magdala-Tarichaia* (la *ciudad de la torre del pescado salado*) o *Magadan*, situada a las orillas del Tiberiades. Otra acepción remite a *Magdal-er* (la magnífica) la mujer que según Cristo, “lo sabe todo”. Es probable que haya sido hija de un próspero empresario ligado a la preparación de delicatessen derivados del pescado salado y que tenían como principal cliente a los más importantes jercas del imperio romano (George, 2003). La vena literaria de Otero Silva (2004) permite destacar que “María había nacido en Magdala, un poblado de pescadores arrimado a orillas del lago de Galilea, hija de un padre adinerado que era propietario de trigales, olivares, viñedos y trenes de pesquería” (p. 105) Su ciudad de origen era también una ciudad famosa por sus empresas de hilatura de lana fina. Messadié (2005b) refiere que Magdala también era conocida por los nombres de Dalmanauta y Gabara; y que era “... una de las tres ciudades de Galilea cuyas contribuciones al Templo eran tan importantes que había que transportarlas en tres carros” (p. 290).

Es posible pensar -y así lo hace Margaret George desde la ficción literaria- que la Magdalena de los evangelios es una mujer altamente instruida en los conocimientos de La Torá y la filosofía griega. Visto desde esta perspectiva, es fácil entender la predilección de Jesús por ella y de por qué los evangelios apócrifos o gnósticos le atribuyen la capacidad de interpretar -a diferencia del resto de los discípulos- el metalenguaje simbólico y el uso de parábolas o narrativas cosmogónicas utilizadas por su maestro.

Es posible identificar tres importantes tradiciones o escenarios gnoseológicos, desde los cuales se intenta una aproximación histórica del personaje: la *tradición francesa*; la *tradición egipcia*; y la *tradición grecorromana*.

La Tradición Francesa

Esta tradición parte de la hipótesis de que María Magdalena fue la amante-esposa de Jesús de Nazaret. Plantea además que para la fecha cuando éste fue crucificado, ella se encontraba embarazada y en espera un vástago suyo. Refiere que María Magdalena -en este caso la mayoría de los investigadores tienden a aceptar que es la misma María de Betania- y sus hermanos Lázaro y Marta huyeron de Palestina mediante la ayuda de José de Arimatea. Viajaron

en una barca –probablemente desde el puerto de Joppa- y llegaron hasta el sur de Francia (Marsella) donde se dedicaron a proclamar el evangelio y las enseñanzas del Maestro de acuerdo a lo que hoy se entiende como el evangelio perdido. María Magdalena habría dado a luz allí a una hija llamada *Sara*, con lo cual se preservó el linaje real judío y es lo que explica el origen de la leyenda del cáliz sagrado o *Sangreal* (Sangre Real).

¿En qué medida la descendencia de la Magdalena y Jesús de Nazaret corresponde a un linaje real? El argumento es que Jesús es descendiente directo de la tribu de Judá, de la tribu del rey David; y que María Magdalena lo era de la tribu de Benjamín, la tribu del primer rey de Israel: el rey Saúl. Se trataba entonces de las dos tribus pertenecientes al linaje real hebreo. Un matrimonio entre ellos significaba no sólo la reivindicación de Jerusalén como patrimonio de la tribu de Benjamín (el rey David había despojado a los benjamitas de la ciudad y decidió gobernar desde allí) sino el derecho de ambos a reclamar legítimamente el trono de Israel. Baigent y otros (2004) expresan: “Un matrimonio de esta clase hubiera constituido una importante alianza dinástica, una alianza cargada de importancia política” (p. 336) La insistencia del Procurador Pilato en indagar con el acusado acerca de su condición de rey y el escrito colocado en la parte alta de la cruz por órdenes suyas, no parecen inocentes. La sospecha en torno al auténtico linaje de Jesús –y de la cual seguramente el Procurador estaba informado- podría responder a la tradición oral, puesto que el emperador Augusto había ordenado destruir –por razones políticas- toda la documentación genealógica hebrea.

En la *tradición francesa* se argumenta además, que el cáliz sagrado y la descendencia de *Sara*, la hija de los esposos-reyes conformó la dinastía merovingia, los reyes melenudos franceses (Dagoberto; Sigsiberto; Childerico III; y otros) Los merovingios eran la dinastía real de los francos, una tribu que se guiaba por la ley tribal de los teutones. De modo que la documentación que confirma el matrimonio de Jesús de Nazaret y la Magdalena, así como la supervivencia del linaje real en Europa, sería el auténtico Grial, y no la copa donde Jesús tomó vino en la última cena. Ese al parecer, es el secreto que guarda celosamente el Priorato de Sión y defendió la extinta orden de los Caballeros Templarios.

Eso es también al parecer, lo que oculta la historia en torno a Rennes-le Château, un pequeño pueblo situado al sur de Francia, cerca de los Pirineos y que ocupa el principal suspenso de la novela de Brown (2003) En ella, un cura modesto y ascético, Bérenger Sauniere, cambia repentinamente de vida después de iniciar la remodelación de la iglesia. Al parecer encontró debajo del piso del altar un sarcófago contentivo de documentos antiguos -y lo que se sospecha- de

restos humanos. Inmediatamente después, Sauniere hizo viajes subrepticios a diversos lugares de Francia e Italia e hizo gala de una gran fortuna: remodeló la iglesia de La Magdalena, construyó una villa lujosa y edificó una torre (la Torre de La Magdalena) a orillas de un acantilado para su uso como biblioteca y lugar de meditación. Cuando el obispo de su jurisdicción le pidió explicaciones acerca del origen de los fondos, el sacerdote se negó a suministrarle detalles justificativos. Inmediatamente fue destituido. Cuando Sauniere contactó a sus nuevos amigos -príncipes, clérigos de alto rango y artistas- el Vaticano dio la orden de restituirlo en su cargo.

¿Qué encontró realmente Sauniere? A juzgar por la escultura que mandó a colocar a la entrada de la iglesia, el cura encontró un tesoro. Por ello colocó como vigilante de la puerta principal a *Asmodeo*, el demonio que resguarda los tesoros [4]. Sorprende además la frase que adorna la entrada: “Este lugar es terrible”. Se especula que encontró la tumba de la Magdalena; o que encontró los restos del propio Jesús. Otros argumentan que la clave radica en que encontró documentos que demuestran el matrimonio de Cristo y la Magdalena, así como pruebas en torno a que Jesús de Nazaret vivía aún en el 45 d. C. (Baigent y otros, 2004). En el resguardo de esta información, tendría una participación activa El Priorato de Sión y su brazo militante en la iglesia católica vaticana: el Opus Dei. La crónica en torno a la versión francesa se nutre de pistas adicionales, vinculadas al papel desempeñado por José de Arimatea. Una antigua tesis relata que para el momento de la crucifixión del Nazareno, María Magdalena estaba embarazada. Arimatea habría asumido entonces la responsabilidad de trasladarla en secreto desde Palestina hasta Alejandría, Egipto, con el propósito de resguardarle la vida y preservar así el linaje real. Ramos (2005) destaca al respecto:

Egipto fue siempre el lugar de asilo habitual para los judíos que estaban en peligro. Desde Judea era fácil llegar a Alejandría, ciudad en la que había algunas comunidades judías muy bien establecidas en tiempos de Jesús. Con toda probabilidad, Egipto fue el lugar de refugio para María Magdalena y José de Arimatea. Más tarde buscarían asilo en la costa de Francia” (p. 214).

Alejandría era entonces una ciudad cosmopolita, epicentro de las manifestaciones paganas del mundo conocido. Su talante cultural llegó al clímax con la creación de su famosa biblioteca, contentiva de más de 42.000 rollos sobre una amplia diversidad de temas, y que fue destruida en el 391 d. C., por órdenes del emperador romano Teodosio.

Se dice que Arimatea –tal vez asumiendo un compromiso y en cumplimiento de una promesa personal con el maestro Jesús- se encargó de cuidar a María hasta que ésta dio a luz. El nacimiento de una niña, *Sara*, cambiaría los

planes, por cuanto la restitución del trono de Israel sólo era posible mediante la descendencia masculina; eso hizo que Arimatea no la llevara de vuelta a Palestina, como al parecer era lo previsto, sino que se trasladara con ella al sur de Francia. Hablamos obviamente de una estrategia combinada de exilios paralelos donde el maestro se resguardaba aparte, luego de que habría sido rescatado con vida de los tormentos de la crucifixión, mediante un complot organizado por la propia Magdalena, José de Arimatea y Nicodemo (Messadié, 2005b). En esta versión, se sospecha que Jesús decide abandonar presurosamente el territorio judío y se dirige hacia Damasco, hasta radicarse finalmente en Cachemira [5]. El encuentro con los dos discípulos –luego de los acontecimientos de la crucifixión- se produce en el camino a Emaús, un poblado que está casualmente ubicado en la ruta entre Jerusalén y un puerto de importantes conexiones con el exterior: el puerto de Joppa.

La pregunta que queda abierta, gira en torno a lo siguiente: ¿Cuáles son las implicaciones

políticas de esa historia? En primer lugar, puede decirse que el mayor impacto de la *tradición francesa* guarda relación con la *divinidad de Cristo*, en la medida en que todo el andamiaje teológico de la iglesia cristiana canónica – heredada de las tesis paulinas- se fundamenta en ese dogma. Ese principio de fe entra en crisis a partir de la hipótesis del matrimonio sagrado entre Jesús de Nazaret y María Magdalena, en la medida en que priva un rezago de naturaleza gnóstica desde el cual se estigmatiza toda expresión de la sexualidad y se niega el carácter humano del profeta nazareno [6]. En segundo lugar, es evidente que la dificultad mayor resulta para la iglesia católica vaticana, que ha sustituido *ex profeso* la adoración de la imagen de la novia-esposa (María Magdalena) por la de la diosa-Madre (María, La Mayor) Las consecuencias son enormes, si consideramos que la influencia del Vaticano abarca cerca del 30% de la feligresía mundial (Huntington, 1997; p. 75) Paradójicamente, vale destacar que la posibilidad de una descendencia por vía de un linaje real-davídico no parece ser un problema para el resto de las organizaciones cristianas en el mundo moderno.

La tradición francesa enfrenta otro tipo de obstáculo, relacionado con la evidente congruencia e identificación de Jesús con el pensamiento esenio. Muchas investigaciones sugieren que tanto Jesús como Juan el Bautista eran esenios, y que probablemente vivieron –aunque temporalmente y a muy temprana edad- en el desierto de Judea formando parte de la comunidad del Qumrán, a orillas del Mar Muerto. De ser así, *Jesús de Nazaret tendría voto de castidad* y en consecuencia, *no estaba obligado a contraer matrimonio*. Los esenios se habían retirado a vivir lejos de Jerusalén, asqueados de la

corrupción de la clase sacerdotal del templo. Estaban comandados por un maestro, el Maestro de la Justicia, quien tomaba decisiones ayudado por doce o catorce discípulos rigurosamente escogidos; tenían un fuerte discurso contra los saduceos y los fariseos, a quienes acusaban de violar la Ley de Moisés; tenían una visión ascética de la vida y mantenían una disciplina estricta con el aseo personal y las comidas; los bienes personales de cada uno habían sido legados a la comunidad; eran célibes; tenían sus propios guardias armados; y la vigilancia en la torre principal de la comuna no era para avistar oportunamente a los potenciales enemigos, sino para avistar permanentemente los cielos: esperaban que de un momento a otro, *Yahveh* se manifestaría entre las nubes para imponer al rey Mesías. Sus más importantes escritos fueron encontrados por un pastor en unas vasijas de barro, en 1947, en lo que se conoce como *Manuscritos o Rollos del Mar Muerto*. Muchos de los principios misioneros de Jesús de Nazaret y de sus discípulos coinciden con estos postulados.

La Tradición Egipcia

El argumento clave de este enfoque, es que la Magdalena fue una sacerdotisa pagana. Se cree que era de piel negra, practicaba los rituales del sexo sagrado y que formaba parte de algunas de las romerías que –cual gitanos- andaban de pueblo en pueblo, haciendo alarde de sus hechizos y actos de magia. Picknett (2005) dice que “Si fue de origen etíope o egipcio, es muy probable que haya sido negra, y que su color haya inspirado el culto a la Virgen Negra, siempre asociada con ella y con antiguas diosas paganas” (p. 223) Es probable entonces, de ser así, que su empatía con Jesús derivaba del conocimiento y la familiaridad del maestro con las artes mágicas egipcias, pues “... como indica el Talmud, Jesús había sido instruido en la magia egipcia” (Picknett, 2005; p. 217).

El acontecimiento que refuerza esta tesis, es el del ensalme con el perfume de nardo en Betania, que tiene toda la simbología del matrimonio sagrado o *hieros gamos*. La esposa unge al esposo para la sepultura, lo que implica un altísimo contenido mítico. Para sorpresa de los propios discípulos, el maestro no se escandaliza ante el hecho que una mujer pecadora lo toque en público, sino que, por el contrario, recrimina la protesta de ellos y del anfitrión (Evangelio según San Marcos, 14:3-9) Algunos investigadores perciben en este acto el convenio matrimonial entre Jesús y la Magdalena; otros piensan que la fiesta matrimonial es la de las bodas de Caná.

La tradición egipcia subyace en las artes mágicas de Simón el Mago y en los temores de Herodes Antipas, el tetrarca de Galilea, en torno a la substanciación mágica de Jokanaán en los prodigios de Jesús. Simón el Mago era uno de los discípulos preferidos de Juan el Bautista, y tenía –según la tradición pagana-

el poder de sostenerse en el aire ante las multitudes atónitas que además se extasiaban ante la danza de sus odaliscas danzantes. Para Herodes, el espíritu de Juan el Bautista –a quien había ordenado encarcelar y luego decapitar– se había posesionado del cuerpo del Nazareno, en una auténtica captación emocional propia de la hechicería egipcia.

La Tradición Grecorromana

Constituye la versión que más se adapta a la historia narrada por los evangelios canónicos y el referencial teológico del Nuevo Testamento bíblico conocido. Sirve de fundamentación al engrame discursivo y ritual de la iglesia cristiana católica vaticana, que ha sustituido a la Magdalena como novia-esposa para convertirla en la “prostituta arrepentida”: ergo: la gracia de Dios puede redimir los pecados más oscuros y hacer de cada ser arrepentido un penitente integrado al proyecto de la salvación espiritual. El otro rostro de la feminidad rescatado fue el de la diosa-Madre; la poderosa Isis; y para ello, el poder eclesiástico apeló a la figura de la madre de Cristo, María La Mayor. Sólo que ambas constelaciones de la feminidad fueron supeditadas al símbolo patriarcal, al arquetipo masculino, en virtud de la necesidad política de resaltar la figura del Hijo del Hombre, como rezago sociosimbólico del culto al Dios Solar grecorromano.

Según esta tesis, luego de los acontecimientos de la crucifixión y la persecución desatada por los sacerdotes del templo y los guardias romanos, los principales líderes del movimiento cristiano se dispersaron por todas las regiones de Palestina; algunos de ellos se refugiaron en el extranjero. Esto hizo que María Magdalena, María La Mayor y el apóstol Juan se residenciaron en Éfeso, una importante ciudad de cultura griega. “Cuenta una tradición... -dicen Baigent y otros (2004)- que la madre de Jesús murió en su exilio de Éfeso, lugar de donde, según se dice, salió luego el cuarto evangelio” (p. 333) En esta versión, la Magdalena es una de las principales discípulas del Maestro y no tiene con él vínculo alguno de carácter afectivo personal; esto es: amante-esposa. Ella es aquí una discípula culta y aventajada, hasta el punto que se cree haya sido la fundadora de la Iglesia de Éfeso [7].

La Éfeso de entonces era una urbe donde se rendía culto a la diosa griega Artemisa, hija de Zeus y Leto, cuyo templo era considerado una de las maravillas del mundo. Su arquitectura reflejaba la majestuosidad de la cultura grecorromana. George (2003) elabora artísticamente la impresión del primer encuentro de la Magdalena con esa ciudad, en los términos siguientes:

Nuestro barco atracó en el puerto y, al desembarcar con piernas temblorosas, nos impresionó la opulencia y la sofisticación de esa gran ciudad provincial de Roma. Una amplia avenida pavimentada con

losas de mármol, la llamada vía del Puerto, conducía hasta el corazón mismo de la ciudad, directa al teatro. Galerías con arcos flanqueaban la avenida por ambos lados, y cincuenta farolas iluminaban la calle a todo lo largo (p. 751).

La decisión de radicarse allí no parece casual. Implica, en principio, una gran coincidencia con la hipótesis según la cual, la Magdalena tenía una amplia formación educativa y cultural, así como un pleno conocimiento de las artes y la filosofía griegas. En esa ciudad precisamente, se escribió el Evangelio según San Juan, lo que reafirma ampliamente la posibilidad de que Juan se haya residenciado allí y haya acompañado a las dos mujeres clave de la simbología cristiana moderna. La presencia de María La Mayor, coincide con la solicitud de protección que el Maestro le hace al discípulo amado: “Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a la madre: *Mujer, ahí tienes a tu hijo*. Luego dice al discípulo: *ahí tienes a tu madre...*” (Evangelio según San Juan, 19: 26-27)

El amplio bagaje cultural y filosófico de la Magdalena le permitió ganarse la confianza y el apego afectivo de su Maestro, no así de algunos de los discípulos, quienes veían en ella una fuerte competidora por el liderazgo de la iglesia naciente. María Magdalena ha enfrentado desde entonces, una acérrima discriminación machista cuyos registros aparecen desdibujados en toda la versión evangélica apócrifa.

Según esta tradición, el apóstol murió en Éfeso a edad muy avanzada (alrededor del año 90 d. C.) linchada por una turba de fanáticos durante una procesión en honor a Artemisa. La anciana habría pronunciado un sermón contra la idolatría ante la multitud y destrozado una efigie de la diosa contra un piso marmolado.

IV. EL RETORNO DEL EROS: EL RESCATE DE LA IMAGEN DE LA NOVIA-ESPOSA PERDIDA COMO INTEGRACIÓN GNOSOLÓGICA

La búsqueda del equilibrio en la constelación arquetípica masculinidad/feminidad constituye un desafío tensional cuyo epicentro radica en el retorno de los dioses al estilo del ambiente cultural de la Alejandría antigua y el desplazamiento holográfico del *spiritus artisticus* como contenido del imaginario político-cultural (Parra, 2006) Se trata en consecuencia, de la posibilidad de pulsar nuevas configuraciones gnoseo-epistemológicas que faciliten la reestructuración simbólica –integradora– del saber *que ya se sabe*, y que permitan comprender desde otro sentido el *pensar-se* y el *pensar-nos* como sociedad; en fin, que permita situarnos desde la perspectiva del *otro lugar*: el sentimiento; la intuición; el perfil estético.

El retorno de la feminidad como eje sustantivo de los saberes sociales, tiene a su vez un fuerte impacto en lo que se entiende como *Complejidad Gnoseológica*.

En otra parte (Parra, 2006) se indica que la definición de ésta responde a un “... constructo derivado del término griego *gnósis*, que implica tanto la *episteme* como la *aisthesis*; es decir, el conocimiento integrador de los fundamentos de la ciencia y de la percepción sensorial” (p. 19). De modo que no se trata de un reforzamiento de los imperativos del Logos (Ética) sino de una reivindicación del lugar-fuerza-desplazamiento que tiene el plano intuitivo-emocional (Eros; la Estética) en la producción de conocimientos.

Es evidente que este tipo de integración simbólica pasa por superar la noción de *diferencias agregadas*. La integración de lo diverso aquí no se entiende como la anexión sumativa de las diferencias, lo que en términos sociales se agota en el encuentro de los opuestos complementarios y el “convivir” en un espacio específico previamente renegociado como “saludo a la bandera”. Suficientes ejemplos de este tipo existen ya en el campo de la práctica política. De lo que se trata en este caso es de una integración armónica, maáica, que tiene consecuencias en lo político-cultural y que toca el fondo del asunto/problema en la investigación basada en los recortes del paradigma de la cientificidad (Morin, 2001). De modo que no puede entenderse la integración de la constelación arquetípica masculinidad/feminidad como planos excluyentes susceptibles de simples relaciones o identificaciones convergentes en aras de una armonía prefabricada: se trata de los rostros del dios Janus –uno mira al pasado y otro al futuro-pero bien sabemos que al final, las miradas se encuentran. Esa realidad es la misma de la imagen del diamante: por cualquiera de las caras desde donde se mire, puede visualizarse el diamante completo. *La integración armónica sólo podría producirse, en consecuencia, a partir de una antropoética del amor y del sentimiento*, lo que supone excluir el debate del campo estrictamente político -donde se encuentra atrapado- para pensar la búsqueda del equilibrio desde el arte; desde la estética; y del lenguaje poético. Esta es la principal observación que debe considerarse, a propósito de un diálogo civilizatorio como estrategia capaz de frenar la escalada creciente de los fundamentalismos religiosos de todo tipo (Huntington, 1997).

Pensar la integración armónica y equilibrada del universo forma parte del pensamiento shintoísta, en lo que se conoce como filosofía Mutualista (Kato, 1996). En cierto modo, esa necesidad de equilibrio aparece también en la filosofía budista, fundamentalmente en el relato del violín: *si sus cuerdas están flojas, no suena; pero si se tensan demasiado, se rompen*. La mayor parte de la tradición utópica o mítica se pasea a sus anchas en el imaginario de un mundo armónico. En el libro del Apocalipsis, el destino final de los justos guarda relación con una vida eterna marcada por el Absoluto y la armonía (Apocalipsis, 21:3-5). Los relatos que tratan de la Edad de Oro hablan así mismo de un escenario paradisíaco venido a menos por las bajas pasiones

humanas. En el relato del Jardín del Edén, el pecado original trastocó la felicidad eterna destinada a la primera pareja. El equilibrio y la armonía están siempre allí, acechándonos, y haciendo evidente el entramado de nuestras pasiones; nuestras contradicciones; en fin, la pequeña brecha que nos separa de la promesa de la felicidad.

Así las cosas, vale preguntarse: ¿Por qué es posible pensar hoy a María Magdalena de este modo? En principio, porque se trata de un pensamiento que toca con fuerza las lógicas del sentimiento. El pensamiento cotidiano integra al parecer desde el sentimiento -María Magdalena se resguardó allí, donde el poder de la verdad reglamentada no tiene acceso directo- aunque las circunstancias históricas muestren dificultades en cuanto a que ese proceso intersubjetivo se haya traducido en correa armónico en el plano de las constelaciones arquetípicas. Al señalar esos otros caminos, Maffesoli (1997) deja abierta la posibilidad del abordaje y la aproximación a lo real a partir de lógicas diferenciadas de la razón analítica -lo que permitiría el “pensar al lado de”, en términos *metanoicos*- tomando como referencia las particularidades y la complejidad del pensamiento arcaico-moderno. Mi propuesta ha sido visualizar el asunto/problema desde la idea-desplazamiento del *spiritus artisticus* (Parra, 2006) como escenario holográfico de renegociaciones gnoseológicas.

¿Por qué ese retorno del vuelo de la diosa? Baigent (2007) argumenta que este ambiente psíquico ocurre porque “En el Occidente de hoy se registran un cinismo, una insatisfacción y una desilusión cada vez mayores. Crecen la tensión psíquica, la angustia y la desesperanza. Pero hay también una creciente búsqueda de significado, de realización emocional, de una dimensión espiritual de nuestras vidas” (p. 401). Es evidente que el ritual y el dogma parecen decirle muy poco al hombre posmoderno, angustiado más por el éxito personal en la sociedad de consumo y los problemas de la exclusión, la desesperanza y la injusticia social. *El rito religioso toca sólo la superficie de una sociedad que ya no ve la felicidad en términos de religiosidad, sino de espiritualidad.* La visión del futuro cada vez es más secular, por lo que la iglesia -ya sea cristiana o no- no tiene la fuerza teológica o moral suficientes para superar el descreimiento y la apatía que se ha enraizado en el colectivo social. *La impresión que ella da, es que ha perdido las llaves del reino,* y por lo tanto no tiene ningún poder para realinear los entuertos que para ella supone el posicionamiento creciente del pensamiento alternativo en los ámbitos religioso y secular. La iglesia clásica ortodoxa no tiene ya el poder de la Edad Media, cuando le bastaba establecer alianzas con el poder político para iniciar masivas cruzadas contra los herejes.

La iglesia ortodoxa se repliega en la renegociación con los nuevos ejes multipolares del poder, mientras se aferra con vehemencia a sus postulados

doctrinales. Pero es claro que la civilización ya no se rige por la verdad revelada a “la iglesia verdadera” y que el epicentro del poder político parece haberse instalado en otra parte.

La conspiración que al parecer, está en marcha, es la *Conspiración de Acuario*, aquella que sustituye la Era de Piscis –instaurada a partir de Jesús de Nazaret, cuyo símbolo es el pez- y que abre la posibilidad de *pensar por nosotros mismos y no desde el poder*. Pensamos a María Magdalena como la podemos pensar hoy, porque tenemos la posibilidad de pensarla desde nosotros mismos, desde nuestra propia esfera de sentimientos. Se trata de una acepción del *respirar conjuntamente* y su símbolo astrológico es el de *Aquarius*, el joven Ganímedes, el aguador que tiene un ánfora en los brazos para verter en el cielo su corriente luminosa y apagar así una antigua sed. La Era de Acuario es el reinado del corazón en la balanza, que hace contrapeso a la pluma de avestruz que sostiene la diosa Maat en el Juicio de Osiris. Ferguson (1990) la concibe como la era del posicionamiento de la *intuición* como factor clave en la elaboración del sentido y la direccionalidad del pensamiento. Desde esa perspectiva, entiende que la crisis de los saberes no es más que la resultante de la traición a la naturaleza por parte de las instituciones de la modernidad (pp. 30-31).

Brown (2003) destaca la importancia de esta transición astrológica, a partir del argumento siguiente:

... el ideal de Piscis defiende que son los poderes superiores los que deben dictar al hombre lo que debe hacer, pues él es incapaz de pensar por sí mismo. Por tanto, este ha sido un tiempo de religiosidad ferviente. Ahora, sin embargo, estamos entrando en la Era de Acuario, el receptáculo del agua, cuyo ideal defiende que los hombres aprenderán la verdad y serán capaces de pensar por sí mismos. El cambio ideológico es enorme, y está teniendo lugar en este mismo momento” (p. 332).

Para Norwood (2005) esta transición supone un cambio radical en nuestro ámbito gnoseológico-cultural:

... consiste más en un misterioso movimiento energético que en uno lineal y temporal, y nos está afectando a todos de maneras difíciles de explicar. El tiempo parece fluir con mayor rapidez, las presiones se incrementan, los conflictos globales y personales se intensifican. Las antiguas soluciones a las que estamos acostumbrados ya no parecen efectivas, ni siquiera adecuadas” (p. 17).

La vertiente cultural y política que abre la Era de Acuario favorece la integración arquetípica equilibrada y armónica en nuestro tiempo y el retorno de la feminidad, de la diosa novia-esposa, de la mano de la Magdal-er (La Magnífica) del Cantar de Los Cantares. Su constelación simbólica puede

traducirse en el fundamento de una cultura de la paz y de la convivencia, en la medida en que desde aquí, se concibe la otredad como una cosmogonía que asume sentido a partir de una antropológica educativa como referente de una nueva ciudadanía planetaria como megapulsión del Eros; del amor y el sentimiento vistos en su acepción maítica.

María Magdalena como desplazamiento gnoseológico, tiene la virtud de reconciliarnos también con el lenguaje poético. Por algún tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo -como se dijo al profeta Daniel- desde las nebulosas del *Águila* y *Orión*, donde nacen estrellas y planetas, los astronautas en su ruta a la conquista del universo desconocido seguirán escuchando su voz citarina envuelta en los halos nucleares de la atmósfera densa: “Negra soy, o morena, hija de Jerusalén, pero soy bien parecida; soy como las tiendas de Cedar, como los pabellones de Salomón” (Cantar de Los Cantares, 1:5).

Notas

[1] La Diáspora es un concepto que proviene del griego y significa “dispersión”. Pueden identificarse siete grandes procesos de dispersión del pueblo hebreo: en el 722 a. C., Sargón, rey de Asiria, deporta de Samaria a los israelitas hacia las colonias asirias; en el 605 a. C., el rey Nabucodonosor tomó a Jerusalén y se llevó cautivo al rey de Judá, Joaquín, y a un considerable contingente de pueblerinos. En el 597 a. C., fueron trasladados a Babilonia grandes contingentes de nobles, guerreros y artesanos. En el 586 a. C., el ejército babilonio destruyó el templo de Jerusalén y se produjo la deportación mayor. La liberación del pueblo judío, como se reseña en el texto, ocurrió bajo el mandato de Ciro, El Grande. En el 322 a. C., después de la conquista de Alejandro de Grecia, se producen migraciones masivas hacia Egipto y Siria; en el 70 d. C., luego que el ejército de Tito tomó Jerusalén y destruyó el templo de Salomón, muchos judíos fueron llevados cautivos a Roma y otros se radicaron en Alejandría (Egipto) y otras naciones del Asia Menor. La última dispersión importante se produjo en el 135 d. C., cuando el emperador Adriano decretó que todos los judíos debían ser expulsados de Judea y rebautizó a Jerusalén con el nombre de Aelia Capitolina.

[2] En el film *“La Pasión de Cristo”*, producido y dirigido por el también actor Mel Gibson (2004, Icon Productions), el argumento central es la responsabilidad del Sumo Sacerdote Caifás y su suegro Anás, así como de la turba de seguidores judíos, quienes amenazaron al Procurador con declararlo “enemigo del César” si no condenaba al Nazareno. La tesis es que el responsable del hecho fue el mismo pueblo judío y no Pilato. Extrañamente –a pesar de su éxito taquillero- la película no recibió ninguna nominación al Oscar, en un evento controlado por las grandes empresas filmicas de Hollywood, donde la

mayoría de las acciones corresponden a empresarios judíos. Gibson ha sido estigmatizado desde entonces como antisemita.

[3] Aunque los evangelios canónicos señalan que la mujer que vierte sobre Jesús el frasco de alabastro es María de Betania, no está suficientemente demostrado que ella y María Magdalena sean la misma persona. El costo de ese perfume significaba más o menos el salario anual de un jornalero promedio, lo que indudablemente escandalizó a la audiencia, principalmente a Judas el Iscariote, quien fungía de tesorero entre los discípulos. *Sorprende –sin embargo- que la alarma se centre en el dispendio económico del ritual y no en el hecho de que una mujer se atreviera a tocar públicamente a un hombre.* Para algunos exégetas del mundo cristiano primitivo, el acontecimiento de Betania no fue otra cosa que un acto pagano; una versión del matrimonio sagrado o *hierogamos*.

[4] Asmodeo aparece en los mitologemas judaicos como el espíritu perturbador del rey Salomón. Se dice que supervisó la construcción del templo y que para perturbar su espíritu, le escondía a propósito su capa real. En el libro de Tobías, del Antiguo Testamento, aparece como el demonio celópata que quitaba la vida en el lecho conyugal a los recién desposados con una mujer aldeana, de quien Tobías se enamora. Al día siguiente del matrimonio, los padres de la joven debían darle sepultura a los desafortunados. No ocurre así con Tobías, quien contrajo matrimonio con esa dama hermosa e incendió vísceras en el aposento conyugal que alejaron al demonio. Ese es el origen del uso de los sahumeros en la tradición católica. Dice la tradición que Asmodeo fue entonces hecho prisionero, encadenado y deportado más allá del Alto Egipto.

[5] En el libro de Faber-Kaiser (2005) se dice que Jesús vivió en Cachemira –un país situado entre la India y Pakistán- hasta una edad muy avanzada y fue conocido allí bajo el nombre de Yuza Asaf. Una tumba existente en Srinagar, su capital, es considerada la morada final del profeta hebreo.

[6] Una visión humana de la vida de Jesús de Nazaret puede revisarse en una de las obras cumbres de Gerald Messadié (2005a): *El Hombre que se convirtió en Dios*. Madrid: Ediciones Martínez Roca, S. A., 550 p.

[7] Picknett (2005) utiliza en el subtítulo de su obra la siguiente interrogante: María Magdalena, ¿el primer Papa?

REFERENCIAS

- Baigent, M. y otros (2004). *El Enigma Sagrado*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana S. A., 475 p.
- Baigent, M. (2007). *Las Cartas Privadas de Jesús*. Madrid: Ediciones Martínez Roca, S. A., 381 p.
- Brown, D. (2003). *El Código Da Vinci*. Barcelona: Ediciones Urano, S. A., 559 p.
- Crépon, P. (2001). *Los Evangelios Apócrifos*. Madrid: Editorial EDAF, S.A., 2da. Edición, 222 p.
- El Evangelio de María Magdalena* [Documento en línea] (s/f). Disponible en: http://www.planetalibro.com.ar/ebooks/eam/ebook_view.php? [Consulta: 28 de octubre, 2007].
- El Sol Invictus o Mitra: el Sol Inconquistable* [Documento en línea] (s/f). Disponible en: <http://inthestepsofelijah.wordpress.com/2006/12/18/sol-invictus-o-mitra-el-sol-inconquistable/> [Consulta: 30 de octubre, 2007].
- Faber-Kaiser, A. (2005). *Jesús Vivió y Murió en Cachemira*. Madrid: Editorial EDAF, S. A.
- Ferguson, M. (1990). *La Conspiración de Acuario*. Barcelona: Editorial Kairós S.A., 4ª. Edición, 547 p.
- George, M. (2003). *María Magdalena*. Barcelona: Ediciones B, S.A., 762 p.
- Gibson, M. (Productor/Director). (2004). *La Pasión de Cristo* (Guión: Benedict Fitzgerald y Mel Gibson. Reparto: Jim Caviezel, Mónica Belucci, Maia Morgenster y otros) [Película]. Icon Productions / Newmarket Films.
- Hervás, R. (2004). *Jesús o el gran secreto de la Iglesia*. Barcelona, Ediciones Robinbook, S.L., 254 p.
- Huntington, S. (1997). *El choque de civilizaciones*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica S.A., 422 p.
- Hurtado, S. (1995). *Cultura Matrisocial y sociedad popular en América Latina*. Caracas: Fondo Editorial Tropykos, FACES-UCV, 217 p.
- (1998). *Matrisocialidad*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 338 p.
- Jiménez, J. (2006). *El legado de María Magdalena* [Documento en línea]. Disponible en: http://www.extrasensorial.com/libro_legado_mmagdalena_radio [Consulta: 30 de octubre, 2007].
- Kato, S. (1996). “El núcleo vacío del Japón”. En: *Fin de Siglo*, pp. 203-217. México: Mc Graw-Hill Interamericana Editores, 312 p.

- La Santa Biblia. Versión Biblia de Jerusalén* [Documento en línea] (1976). Disponible en: <http://www.ts.ucr.ac.cr/~historia/biblioteca/historia/Varios-LaBibliadeJerusalen.pdf> [Consulta: 28 de octubre, 2007].
- Maffesoli, M. (1997). *Elogio de la razón sensible*. Barcelona: Editorial Paidós. 270 p.
- María Magdalena* [Documento en línea] (s/f). Disponible en: http://es.wikipedia.org/wiki/mar%C3%ADa_Magdalena [Consulta: 30 de octubre, 2007].
- Messadié, G. (2005a). *El Hombre que se convirtió en Dios*. Madrid: Ediciones Martínez Roca, S.A., 4ª. Edición, 550 p.
- (2005b). *El Complot de María Magdalena*. Barcelona: Random House Mondadori, S.A., Edición de Bolsillo, 295 p.
- Morin, Edgar (2001). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 122 p.
- Norwood, R. (2005). *Las mujeres que aman demasiado*. Buenos Aires: Editorial Salvat.
- Otero Silva, M. (2004). *La Piedra que era Cristo*. Caracas: Editorial CEC, S.A., Los Libros de El Nacional, 113 p.
- Parra, G. (2006). *Educación, Reforma y Sociedad del Conocimiento*. Caracas: Editorial Metrópolis, C.A., UCV-ORUS-IESALC/UNESCO-UNESR, 209 p.
- Picknett, L. (2005). *María Magdalena, ¿el primer Papa?* Barcelona: Ediciones Robinbook, S.L., 267 p.
- Ramos, O. (2005). *La Elegida*. Buenos Aires: Editorial Planeta, 395 p.
- Rísquez, F. (1992). *Aproximación a la Feminidad*. Caracas: Monte Ávila Editores, 283 p.
- Rivadeneira, J. (1993). *Ismata*. Caracas: Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela, 107 p.
- Salazar, Adolfo (1990). *No nacimos pa' semilla*. Bogotá: Corporación Región CINEP.
- Tafur, J. (2005). *La Pasión de María Magdalena*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana S.A., 265 p.
- Velasco, N. (2007). *Genética: de la Eva mitocondrial hasta la condición ambivalente de la especie humana* [Documento en línea]. Disponible en: <http://www.bioetica.org/modules/news/article.php?storyid=32> [Consulta: 28 de octubre, 2007].



Isabel Falcón - "Siénteme"